

# NEW LEFT REVIEW 131

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2021

## ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK	Elecciones alemanas	7
SUJATHA GIDIA Y ALAN HORN	Raza, casta, clase	19
MIKE WAYNE	Hojas de ruta para después de Corbyn	43
J. X. ZHANG	El barrito del elefante	77
FRANCO MORETTI	Una nueva intuición	97
ADRIAN GRAMA	¿Antídotos contra la alienación?	109

## CRÍTICA

TOM HAZELDINE	Transformatrix	132
RYAN RUBY	La privatización de los grandes relatos	142
RICHARD SEYMOUR	Modelos para la ralentización	158

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



## CRÍTICA

Charles Moore, *Margaret Thatcher: The Authorized Biography, Volume Three: Herself Alone*, Londres, Allen Lane, 2019, 1072 pp.

TOM HAZELDINE

## TRANSFORMATRIX

Hasta la crisis del Brexit, y relacionada con ella, la caída de Margaret Thatcher en 1990 fue el gran punto de inflexión en la historia reciente del Partido Conservador, el comienzo de un largo periodo de guerra abierta y generalizada carente de rumbo, que consignaron a la irrelevancia al exhausto partido de gobierno durante los años del Nuevo Laborismo. Thatcher fue obligada a abandonar el poder por sus diputados sin haber conocido la derrota ni en las votaciones sobre su liderazgo en Westminster ni en unas elecciones generales. El mismo destino aguardaba a Blair, después de un tiempo más breve en el poder, pero Iraq se cernía sobre su cabeza y el Partido Laborista tenía un aparente heredero lógico en la persona de Brown. Por el contrario, la desaparición de Thatcher fue súbita y trascendental. En *Margaret Thatcher: The Authorized Biography: Herself Alone*, el tercer volumen que cierra su biografía oficial, Charles Moore la compara con un misterioso asesinato en una novela de Agatha Christie.

Moore, un antiguo editor del *Daily Telegraph*, seleccionado personalmente por Thatcher para narrar su vida, nació en Hastings en la costa de Sussex durante la crisis de Suez de 1956. Su entorno familiar se identificaba con el Partido Liberal, una corriente minoritaria en la Gran Bretaña de posguerra, reducida a un puñado de escaños en la Cámara de los Comunes por el consolidado duopolio conservador-laborista. Su madre era concejal de distrito y su padre uno de los principales editorialistas del *News Chronicle*, periódico que pagó comercialmente su oposición a la aventura en Suez de Anthony Eden y posteriormente fue absorbido por el *Daily Mail*. Moore fue a Eton y Cambridge

antes de convertirse en un protegido de Peter Utley, figura de prestigio del *Daily Telegraph*, justamente cuando Thatcher llegaba a Downing Street. Utley era un mecenas de jóvenes periodistas de Fleet Street y, en opinión de Moore, «el tory más auténtico» para el que las ideologías eran falsas y crueles.

Utley apoyó a Thatcher, aparentemente tan doctrinaria, prescindiendo de su novedad ideológica y transmitió esta perspectiva a su protegido. Moore desarrolló esa línea de conducta cuando en 1982 pasó a *The Spectator* como columnista político. Años después diría a los lectores de la revista: «Al margen de lo que la señora Thatcher pueda haber dicho, ella no ha roto con todas las convenciones o consensos previos. Simplemente alcanzó la cima en el momento en que esas convenciones se volvieron obviamente insostenibles y ella fue lo suficientemente fuerte como para no oponerse a lo evidente». En la biografía describe el thatcherismo como una predisposición más que una ideología (vol. 1), una visión más que una doctrina (vol. 2) y una restauración, no una revolución, aunque «algunas veces exigiera métodos revolucionarios» (vol. 3). La reformulación sirvió para hacer que Thatcher resultara menos ajena a tradicionalistas como Moore. Ella respetaba profundamente las costumbres nacionales, insiste Moore, a pesar «de una radical falta total de prejuicios a la hora de discutir desde los principios básicos».

El periodismo de Moore mezclaba la sobria alabanza por sus logros con la preocupación por la idoneidad constitucional: «Puede parecer aburrido y pedante, pero...». Anglicano acérrimo, Moore coescribió *The Church in Crisis* (1986) con otros dos jóvenes carcamales, el ensayista A. N. Wilson y el escritor Gavin Stamp, especializado en arquitectura, y creó un premio para escolares capaces de recitar extractos del *Book of Common Prayer*, el breviario de oraciones de la iglesia anglicana, «tristemente seguro» de que ello ya no era una práctica extendida. *Private Eye*, la revista satírica de información general, le apodó Lord Snooty, el personaje de la tira cómica de *The Beano*. Su elevación a la nobleza llegó el pasado año, cortesía de Boris Johnson, uno de sus antiguos periodistas.

En una entrevista, Moore describía a los lectores del *Daily Telegraph* como «clase media y media alta, principalmente de Inglaterra, no tanto de toda Gran Bretaña, y principalmente del sur del país». En otras palabras, lectores de los Home Counties [condados del este y sudeste de Inglaterra], «gente que tiene posiciones respetadas y estables en la sociedad: el gerente del banco, el ejecutivo con éxito, el jefe de policía. Se podría decir que la columna vertebral de Inglaterra». Este segmento acomodado nunca se sintió completamente a gusto con los elementos desclasados y prepotentes presentes en la Nueva Derecha de Thatcher. *The Sunday Telegraph*, bajo la dirección de Peregrine Worsthorne, caracterizó su campaña en las elecciones generales de 1987 como «triumfalismo burgués». Con una pizca de ironía, Moore adopta la definición para el título del capítulo inicial de *Herself Alone*.

En 1984, con solo 27 años, Moore reemplazó a Alexander Chancellor como editor de *The Spectator*; «la voz de Youf de *The Spectator*», se burlaba el crítico Auberon Waugh después de que Moore tuviera un enfrentamiento con él a cuenta de los jóvenes conservadores euroescépticos. Moore sostenía que, a diferencia de la generación de Waugh, ellos no estaban tramando planes visionarios para llenar el abismo dejado por el declive del imperio, tras haberse acostumbrado a ello, y podían tener una visión más fría de los repelentes detalles de los planes de un gobierno federal paneuropeo. Waugh respondió que «la soberanía nacional, en el contexto de lo que estamos perdiendo, significa ni más ni menos que las fantasías de poder de un puñado de jóvenes con aspiraciones políticas. No suponen un precio demasiado elevado para que el resto de nosotros lo paguemos».

Moore regresó al *Daily Telegraph* como adjunto del editor Max Hastings en 1990. En este periodo, entre el Acta Única Europea y el Tratado de Maastricht, fue cuando la perspectiva de una implicación británica en una mayor integración continental se convirtió en una *idée fixe* entre las bases conservadoras. Moore reflejó y fortaleció esta tendencia. Una columna en la que exhortaba a los diputados conservadores a rebelarse contra Major por el tema de Maastricht fue rechazada por Hastings, que compartía la opinión de la dirección de que el Tratado era una triste necesidad. Sin embargo, una vez que Moore le reemplazó en 1995, el euroescépticismo recibió carta blanca. Un editorial exigía, «Tell Us Why We Should Stay».

Tras los desastres electorales sufridos por los conservadores en 1997 y 2001, Moore contribuyó a la conversión del *Daily Telegraph* en fiel sostenedor del euroescéptico Iain Duncan Smith, involucrado en una reñida disputa para reemplazar a William Hague como líder del Partido Conservador, revelando que el primero era el candidato preferido de Thatcher. Tras organizar una campaña en defensa de las libertades civiles, salpicada, sin embargo, por su islamofobia, fue la prohibición de la caza del zorro por el Nuevo Laborismo lo que más le preocupó. Atlantista declarado, rompió con la tradición paterna para apoyar la guerra de Iraq: «Al margen del partido, hay que apoyar a Blair», insistía el *Daily Telegraph*, lo cual era la política conservadora. Cuando ese mismo año acabó dejando su puesto, todavía con solo 46 años, para concentrarse en la biografía de Thatcher, la circulación impresa del *Daily Telegraph* había caído por debajo del millón de ejemplares, pero conservaba su ventaja sobre *The Times* de Murdoch, a pesar de la encarnizada guerra de precios. Otro rival, el *Daily Mail*, acusó a Moore de estar «obsesionado por la Iglesia y por arcanas cuestiones constitucionales», que tenían «un atractivo cada vez menor en el mundo moderno». Moore se replegó en el catolicismo, cuando la Iglesia de Inglaterra ordenó a mujeres sacerdotes. Sin embargo, sobre Europa sería él quien reíría el último.

Moore afirma que fue elegido por Thatcher para escribir su biografía, porque «él conocía a la *dramatis personae*. Y aunque mis escritos habían sido en general favorables a Thatcher, nunca fui parte de su “banda”». Las memorias de Max Hastings, *Editor* (2002), proporcionan otra pista cuando describe la reacción suscitada en la sede del *Daily Telegraph* ante el resultado televisado de la votación, desencadenada por el exministro Michael Heseltine, para dirimir el liderazgo del Partido Conservador el 20 de noviembre de 1990. Thatcher acabó en primera posición, pero sin el apoyo de ciento sesenta y ocho (el 45 por 100) de sus diputados. Todos los que estábamos en la sala pensamos que estaba acabada, recuerda Hastings, excepto Moore que seguía insistiendo: «No, no, tiene que seguir. Debe seguir. No debe abandonar». Según Hastings, Moore «siempre fue leal a Thatcher».

La biografía política es un género circunscrito. Moore admite que en general lo encuentra aburrido, pero encaja con su dominio de la alta política. *Herself Alone* completa una trilogía escrita con un estilo ejemplar: minucioso, comedido y falto de ostentación, un contraste con el desenfadado volumen único de la biografía del predecesor de Thatcher, Edward Heath, que realizó Philip Ziegler. De las innumerables obras previas sobre Thatcher, la más impactante —como reconoce el propio Moore— es la del columnista de *The Guardian* Hugo Young, *One of Us* (1989). Sin acceso a la documentación oficial, el talento de Young se concentra en deducir inferencias precisas sobre la lógica de los acontecimientos. Moore está mejor situado para ver cómo se mueven los hilos. Explica que Thatcher gobernaba garabateando con tinta azul en los papeles ministeriales, «subrayando en apoyo o para hacer hincapié, removiéndose para mostrar desagrado, impaciente en la puntuación y a menudo explotando con letras mayúsculas y signos de exclamación». Personalmente ella misma escribió pocos memorándums y de sus reactivos apuntes Moore evoca una atmósfera de contingencia e improvisación.

La primera entrega de la biografía de Moore, *Not for Turning* (2013), trazaba el ascenso de Thatcher desde sus orígenes provincianos y metodistas a Oxford y su boda en el seno de la clase empresarial-ejecutiva de las áreas suburbanas de Surrey, seguido por su entrada en el Parlamento de la mano de la corriente principal de la derecha del Partido, excluida por cuestiones de género y orígenes sociales de los círculos *tories* más exclusivos. Describe cómo buscó la corriente neoliberal o de libre mercado, que se desarrollaba alrededor de un mundo nuevo de *think tanks* londinenses tras la derrota de Heath por los mineros y del Partido Laborista de Harold Wilson en 1974. Moore describe a Thatcher como una mente nada original pero inquisitiva, apegada a las creencias más que a las ideas, y como «la más vociferante cliente en el mercado ideológico, siendo en consecuencia capaz de garantizarse un buen suministro y comprar más que sus rivales». Bien abastecida, pudo sobrevivir a los años de escasez sin perder sus convicciones. Se apoderó

de la dirección del Partido Conservador con el apoyo de los parlamentarios de alta extracción social desprovistos de puestos de responsabilidad en el grupo parlamentario conservador, que percibieron que tenía el coraje que le faltaba a Heath. En el gobierno, su objetivo no fue reorganizar la burocracia, sino galvanizarla.

El segundo volumen, *Everything She Wants* (2015), cubre el periodo culminante de Thatcher desde la aureola del triunfo en las Islas Malvinas hasta las dos arrolladoras victorias en las elecciones de 1983 y 1987, mientras los tipos de interés y el desempleo se mantenían altos y la desindustrialización cogía fuerza; se verificaba el aplastamiento de los mineros, los maquinistas y los trabajadores del sector público; se despojaba de competencias a los gobiernos locales; y se procedía a la privatización de la vivienda social, todo lo cual se compensaba con el *boom* del crédito fácil auspiciado por Nigel Lawson. Moore se esfuerza por subrayar la imprevisibilidad de los acontecimientos vistos desde dentro. El capítulo sobre la recepción de Thatcher por parte de la intelectualidad explica la virulencia que atraía –incluida, señala Moore con desaprobación, la mostrada por los medios de comunicación públicos y el teatro «subvencionado»– dada la profundidad de su impacto sobre la cultura nacional, aunque no se nos dice en qué consistió este. Con la excepción del cantante Billy Bragg, la lista que hace Moore de «críticos de izquierda» es más liberal que de izquierda: autores teatrales como David Hare y Alan Bennett, novelistas como Julian Barnes e Ian McEwan, quien frívolamente comentó tras su fallecimiento en 2013: «Nos *gustaba* detestarla».

*Herself Alone* repite el veredicto de Young de que la victoria en las elecciones de 1987 «dejó la era Thatcher encerrada en sí misma». Los capítulos iniciales describen los pasos para someter las escuelas, los hospitales y la política urbana al dictado del mercado. Lo que Thatcher denominaba «la cuestión del bienestar» no era su punto fuerte a pesar de su experiencia ministerial. Ella prefería el modelo sanitario estadounidense y siempre acudió a la sanidad privada, pero aceptó la introducción de la competencia entre los proveedores de servicios para crear el correspondiente mercado interno en el National Health Service, mientras que en el sistema educativo auspició la creación de escuelas situadas al margen del control de las autoridades locales y financiadas por el gobierno central.

El drama de *Herself Alone* empieza pocos capítulos después, cuando Moore regresa a la cuestión de la entrada británica en el Mecanismo Europeo de Tipos de Cambio (MTC). Thatcher miraba con recelo al MTC, considerándolo un proyecto político, mientras su consejero Alan Waters advirtió que vincular la libra esterlina al marco alemán iba a atraer a los especuladores. Por otro lado, Nigel Lawson, ministro de Finanzas, quería establecer un vínculo con el Bundesbank para así combatir la inflación, «haciendo caso omiso» de las implicaciones más amplias que pudiera tener esta decisión.

Thatcher descubrió que Lawson había empezado a seguir de cerca al marco alemán sin su aprobación, cuando periodistas del *Financial Times* le presentaron gráficos que mostraban las intervenciones del Banco de Inglaterra en el mercado. Un secretario privado aconsejó evitar la confrontación. Moore señala que la posición de Lawson era también la defendida por «la mayoría de los parlamentarios conservadores, el Foreign Office, el Tesoro, el Banco de Inglaterra, la mayoría del gobierno, los principales partidos políticos, la Confederation of British Industry, los principales periódicos, la BBC, la totalidad de los socios europeos y Estados Unidos». A medida que el *boom* de Lawson ganaba impulso, «el MTC les parecía que ofrecía una estabilidad que Gran Bretaña no habría conseguido por sí sola».

Thatcher había querido un Mercado Único Europeo, pero no el compromiso que le acompañaba de cooperar en la política monetaria consagrado en el Tratado de 1986. «Difícilmente podía comprender la ambición federalista. Sus propias opiniones sobre la CEE eran limitadas, cáusticas y prácticas». La resbaladiza pendiente de declaraciones y protocolos era la condición para ser miembro del club europeo. Peligrosamente para Thatcher, el grueso de los parlamentarios conservadores se adhería a la perspectiva del Foreign Office de que Gran Bretaña debía evitar quedar aislada de Europa, lo que en la práctica significaba unirse a la marea continental. «Thatcher estaba casi siempre advertida de que lo que los funcionarios caracterizaban como la “retórica vacía” o la “teología” de las declaraciones europeas era algo que había que soportar para conseguir ventajas concretas. El problema era que la retórica vacía normalmente significaba algo importante para los hombres que la lanzaban».

Helmut Kohl, en la cumbre del Consejo Europeo celebrada en Hannover en junio de 1988, sacó adelante un comité sobre la unión monetaria europea presidido por el presidente de la Comisión, Jacques Delors. Thatcher solamente pudo situar en este a representantes de los bancos centrales británicos y alemanes, esperando en vano que ellos se opondrían a la pérdida de prerrogativas institucionales frente al Banco Central Europeo. Tres meses después, en su famoso discurso pronunciado en el Colegio de Europa de Brujas, declaró que Gran Bretaña no había contraído su propio Estado para verse tragada por un Estado europeo. Moore acentúa que el discurso aceptaba todo lo que ya era la Comunidad Europea y que «Thatcher nunca creyó, mientras estuvo en el cargo, que Gran Bretaña estaría mejor “fuera” de ella, como se dijo entonces». Pero el discurso la puso en vías de colisión con el secretario del Foreign Office Geoffrey Howe, el superviviente más antiguo del gabinete de su primer mandato, que compartía el europeísmo de Heath.

Quince días antes de que celebraran los diez años en el gobierno, el comité presidido por Delors propuso que se exigiera que todos los Estados miembros se unieran al MTC (primera etapa) y progresaran hacia un banco central compartido y una moneda única (etapas dos y tres). Lawson y Howe

se unieron para amenazar con su dimisión si Thatcher no fijaba una fecha para la entrada en el MTC en la próxima reunión del Consejo Europeo en Madrid; algo «muy inusual», dice Moore, y un reflejo de «sentimientos heridos hacia la dominante señora Thatcher». Ambos sostenían que una política orientada al futuro expuesta en Madrid posibilitaría la ruptura de los vínculos automáticos establecidos entre las etapas. Thatcher garabateó, «absurdo», tras leer el memorándum con lo que Moore denomina «su inusual combinación de elevados principios y sospechas inherentes». Obtuvo un retraso en la reunión del Consejo Europeo de Madrid, pero privadamente dijo a su equipo que anticipaba una Europa dual. Lawson finalmente dimitió, mientras Howe fue nombrado ministro de Relaciones con la Cámara de los Comunes, aunque uno de sus aliados, Tim Renton, fue nombrado jefe del grupo parlamentario conservador.

La alternativa de Thatcher al proyecto europeo era una comunidad atlántica más amplia bajo los auspicios de la OTAN y los acuerdos comerciales del GATT. Su gran ambición era protagonizar un papel dirigente en el escenario internacional, pero dos capítulos centrales de *Herself Alone* registran un enfriamiento de las relaciones entre Estados Unidos y Gran Bretaña después de que Bush padre reemplazara a Reagan en la Casa Blanca. En opinión de Charles Powell, su consejero de política exterior, Bush era un «hombre con todas las letras». Se quejaba de que Thatcher hablaba demasiado. Sin consultarla, Bush accedió a las peticiones de Alemania Occidental para establecer negociaciones con Gorbachov sobre la reducción de las armas nucleares de corto alcance. De acuerdo con Powell, «una vez que Bush se orientó hacia Alemania, ello significó el final de todo el proyecto». Cuando los estadounidenses respaldaron la unificación alemana en la cumbre de la OTAN de Bruselas a finales de 1989, se dice que Thatcher salió murmurando que «este es el agradecimiento que se obtiene por ser un aliado leal».

En la reunión del Consejo Europeo celebrada en Roma bajo la presidencia de Andreotti durante los días 27 y 28 de octubre de 1990, los otros once miembros de la Comunidad Europea establecieron la fecha para la segunda etapa de la unión monetaria. «Es justo decir que Thatcher comprendió de alguna manera lo que iba a pasar» —Andreotti la había cogido por sorpresa en Milán en 1985—, «pero puede que no se le hubiera transmitido plenamente lo que se iba a encontrar». Thatcher discrepó de las conclusiones de los demás miembros, dejando claro que Gran Bretaña vetaría cualquier tratado sobre la unión monetaria. Dos días después, en Westminster, su andanada de negativas sobre la visión de Delors de una Europa federal vio cómo Howe entraba en escena.

*Herself Alone* expone el desenlace día a día. 13 de noviembre: la declaración de dimisión de Howe en la Cámara de los Comunes aceleró el pulso de los diputados al oír sus términos, que evidenciaban años de desacuerdo y



frustración con el arrogante liderazgo de Thatcher. 14 de noviembre: Heseltine lanza su desafío desde las escaleras de su casa en Belgravia, citando la desunión del gabinete y el fracaso de la primera ministra a la hora de promover los intereses británicos en Europa. 15 de noviembre: Thatcher dice a la prensa que ella daría la bienvenida a un referéndum sobre la unión monetaria. 16 de noviembre: Thatcher visita Irlanda del Norte. Major y el secretario del Foreign Office, Douglas Hurd, declinan públicamente descartar la introducción de una segunda votación. Major dice al telediario que Thatcher puede haberse equivocado al desestimar la idea de una moneda común europea, una moneda común como opuesta a una moneda única. 17 de noviembre: en Chequers, el jefe de campaña de Thatcher, Peter Morrison, de manera informal se muestra confiado de tener suficientes compromisos para que Thatcher supere los obstáculos. 18 de noviembre: Thatcher marcha a París para asistir a la cumbre que sellará la victoria de Washington en la Guerra Fría.

19 de noviembre: en vísperas de la votación, el periodista Alan Clarke encuentra a Morrison adormilado en su oficina con una buena trompa. 20 de noviembre: Thatcher se queda a falta de cuatro votos para la victoria. Renton se ha abstenido. Desde la embajada británica en París, Thatcher anuncia que se prepara para la revancha. Tristan Garel-Jones, antiguo jefe del grupo parlamentario y amigo íntimo de Major, reúne a cinco ministros del gabinete y a un selecto número de parlamentarios conservadores adscritos al grupo Blue Chip en su casa de Catherine Place, situada cerca de Westminster. Trasmiten a Renton su opinión de que Thatcher tiene que marcharse. 21 de noviembre: a su regreso a Londres, Thatcher mantiene encuentros individuales con diversos miembros del gabinete en su despacho de la Cámara. La mayoría –incluyendo a Major, en contacto con los acontecimientos desde su circunscripción de Huntingdon– quiere que se retire, diciendo que temen que pierda frente a Heseltine y que no quieren que sea humillada. Ella protesta: «Pero es un golpe de mano».

22 de noviembre: Thatcher se descompone momentáneamente al leer al gabinete su declaración de dimisión. El centro de atención cambia para asegurar que Major supere a Heseltine en la segunda vuelta. Major era «mucho más listo de lo que la gente creía, y no tan agradable», dice su segundo en el Tesoro Norman Lamont, a quien más tarde despediría. *Herself Alone* concluye que la retirada de Thatcher «fue una conspiración en la tradición del *establishment* conservador», un «club virtualmente de hombres, cuyos hábitos mentales eran profundamente diferentes a los de ella». En una floritura final, Moore llora ante el «inolvidable y trágico espectáculo de la grandeza de una mujer vencida por la pequeñez de los hombres».

A diferencia de Cameron y May, Thatcher fue derribada por el *establishment* conservador proeuropeo, no por su ala derecha euroescéptica en plena insurgencia. En el «Prefacio» de *Herself Alone*, Moore acentúa «lo mucho

que hizo Thatcher para sentar las bases del referéndum sobre la permanencia de Gran Bretaña en la Unión Europea». Ella estaba «elaborando los argumentos para la recuperación de la independencia nacional que contribuyeron a la victoria de los partidarios del abandono de la Unión Europea [en 2016]». En su retiro defendió un referéndum sobre el Tratado de Maastricht y privadamente instó a los parlamentarios euroescépticos para que bloquearan su ratificación, como Moore había querido que hicieran. Cuando la libra tuvo que abandonar el MTC en septiembre de 1992, citó a Kipling: «Hemos recibido una lección que durará/Nos hará un bien incalculable». Major decía en privado que quería destruirla, aunque en 1995 ella le ofreció un reticente apoyo en una confrontación contra el archieuroescéptico ministro del gabinete John Redwood. A finales de la década Thatcher «había acabado por pensar que Gran Bretaña debía encontrar una manera de abandonar la Unión Europea», revela Moore. «Se lo dice a mucha gente, pero como si estuviera confiando un secreto».

Dos capítulos finales sobre «la leona en invierno» cuentan cómo después de su desalojo de Downing Street, los Thatcher carecían de una casa apropiada. Lamentaron la compra de una casa nueva de estilo neogeorgiano en Dulwich, porque se encontraba en el lado malo de Brixton, y en vez de ella los huidizos hermanos Barclay les proporcionaron, en su calidad de magnates inmobiliarios, el arrendamiento de una casa en Belgravia. «Ella dependía de la generosidad de amigos y admiradores, algunos de los cuales le transfirieron dinero directamente a una cuenta a su nombre». Entre estos ricos benefactores se encontraban Alistair McAlpine (vicepresidente del partido entre 1979 y 1983, miembro vitalicio de la Cámara de los Lores desde 1984), Hector Laing (tesorero del partido entre 1988 y 1993, miembro vitalicio como parte de la lista de reconocimientos recomendados por Thatcher), Peter Palumbo (ennoblecido en el mismo lote) y James Goldsmith (ya condecorado por Harold Wilson en la «Lavender List», que selló la reputación del líder laborista por sus sucios tratos). También recibió 6 millones de libras por sus memorias de manos de HarperCollins, propiedad de Robert Murdoch, cuya adquisición de *The Times* en 1982 había recibido la protección de Thatcher al frente del organismo de regulación de la competencia. Moore omite mencionar cómo el autor teatral Dennis Potter vinculó el efecto de Murdoch sobre los medios de comunicación británicos con un cáncer. Thatcher pasó sus últimos meses de vida en una suite del Ritz Hotel de los hermanos Barclay. Moore señala que había recorrido un largo camino desde la tienda de ultramarinos de su padre en Lincolnshire.

Las razones de su caída van más allá del reflejo proeuropeo de los parlamentarios conservadores. Su trato despectivo y brusco, su conducta con los colegas y el miedo al coste electoral de un impuesto de capitación socialmente regresivo fueron igualmente importantes. Las «percibidas injusticias»

de este último, como señala Moore, provocaron una revuelta en el centro de Londres. *Herself Alone* admite que Thatcher había empezado a deteriorarse: había «cierta pérdida de energía, de concentración y de autocontrol». Su marido la había animado a retirarse, pero Willie Whitelaw, un «grande» de los *tories*, temiendo la división del partido no tuvo muchas dificultades para convencerla de que siguiera. Moore se aferra a la opinión idealista de Blair de que, a pesar de las encuestas de opinión, ella podría haber ganado otras elecciones, pero admite que la perspectiva de que continuara hasta unas cuartas y quizá quintas elecciones generales causaba consternación entre los parlamentarios conservadores. Los votantes del grupo sociológico C2, los trabajadores manuales especializados, estaban alejándose de los conservadores en beneficio del Partido Laborista. Sus colegas tenían probablemente razón al pensar que tenían más oportunidades sin ella.

¿Qué pensar de Thatcher como personaje y líder político? Moore la describe diversamente como nerviosa, desconfiada, obsesiva y frenética. Tenía mucha convicción pero ningún conocimiento de estrategia, podía mostrarse ajena al mundo e imprecisa y «podía disparar ideas contradictorias mientras trataba de tomar una decisión». Pero el epílogo de *Herself Alone* subraya su patriotismo y la emulación de su éxito en todo el mundo. Los sentimientos de Moore hacia Thatcher no cambian a lo largo de las tres mil páginas de la biografía, mientras que las relaciones de Thatcher con sus subordinados políticos eran susceptibles de deteriorarse. Ferdinand Mount, su asesor y redactor de discursos entre 1982 y 1983, describe en *Cold Cream* (2008) su conmoción y emoción iniciales ante la franqueza de su trato. Sin embargo, pronto su admiración quedó recubierta por la creciente conciencia de la aspereza de su carácter, de su rudeza con los colegas y de su tenaz negativa a ceder en sus planteamientos. Concluye diciendo que las virtudes de Thatcher eran imperfectas. Un compañero de trabajo recuerda a Mount explotar al final de sus días en Downing Street: «*La odio*». Semejantes estallidos parecen haber sido bastante comunes. «Extraña, tensa, implacable, pero profundamente honrada y normalmente honesta» es su sucinto juicio sobre Thatcher, nada distinto al de Moore, pero expresado con mayor emoción y no poca ambivalencia. En opinión de Mount, ella era el «soplete» que requería la situación histórica, pero no obstante considera que su legado para los conservadores —«individualismo sin adulterar»— era corrosivo y ruinoso.